

El "testamento" del Cardenal Congar

El 26 de junio del año pasado fallecía en París Yves Congar OP. De la entrevista -una de las últimas- que le hizo Giancarlo Zizola el mayo anterior, entresacamos lo relativo a su actividad como teólogo y a su valoración de la época de la historia de la Iglesia que, como testigo privilegiado, le tocó vivir.

El "testament" del Cardenal Congar Entrevista recollida per Giancarlo Zizola, Documents d' Església 19 (1995) 183-185.

Yves Congar, el dominico de noventa años que atrajo sobre sí las iras de la Curia a causa de su libro sobre la reforma de la Iglesia romana durante los años plúmbeos de la postguerra, es uno de los treinta cardenales "creados" por Juan Pablo II durante el Consistorio del 26 de noviembre pasado. He aquí una púrpura en forma de pesado remordimiento para una Iglesia que prefiere honrar los sepulcros de los profetas que reconocerlos a tiempo. Con este gesto, el Papa ha dado un primer ejemplo concreto de la tesis expuesta en la Carta apostólica *Tertio adveniente millenio*, según la cual el reconocimiento de los errores y el arrepentimiento son las condiciones de la reforma de la Iglesia. Al nombrar cardenal a Yves Congar, una de las grandes voces del Vaticano II, la Iglesia reconoce el error cometido con él en los años cincuenta.

¿Es verdad que Pablo VI quería nombrarle cardenal y que Vd. aceptó?

No, yo no me opuse. Sé con certeza que mi nombramiento fue objeto de discusiones. La fuente de que dispongo es segura. Se trata del jesuita F Tucci. Fue él quien me informó de que Pablo VI me quería entre sus cardenales. Pero su propuesta suscitó tales discusiones que se le aconsejó sobreseerla.

¿Sin duda, los que habían tenido una gran responsabilidad en la represión teológica de los años cincuenta, de la cual Vd. fue una de las víctimas más ilustres, estaban entonces todavía muy activos?

He de precisar que mi primer libro sobre ecumenismo, publicado en 1937 con el título *Cristianos desunidos*, no fue a parar al Índice. Sólo el *Osservatore Romano* publicó una crítica del P. Cordovani dominico como yo. Pero de prohibiciones, nada. Este libro lo escribí en 1930. El texto de Jn 17,21 *que todos sean uno*, me hizo sentir la necesidad de trabajar mas por la unidad de los cristianos. Mis superiores, lejos de objetarme nada, me permitieron continuar los cursos en la Facultad protestante de París.

Fue Verdadera y falsa reforma de la Iglesia, publicado en 1950, lo que desencadenó la tormenta. Habían pasado pocos meses de la encíclica Humani generis de Pío XII, "una especie de Syllabus moderno". La Iglesia francesa se encuentra en el ojo del huracán a causa de los sacerdotes obreros -de los que Vd., con el P. Chenu, era consejero- y sobre todo del reformismo que alienta en esa Iglesia piloto y a la que su libro presta su voz. ¿Cómo ve hoy los sufrimientos de entonces?

Ese libro, me prohibieron reeditar y traducirlo a otras lenguas. Esto ocasionó algunas dificultades al editor que había fumado ya algunos contratos. A partir de 1952, se me sometió a una censura previa y las medidas se hicieron drásticas en 1954. El grupo de

teólogos de la escuela dominicana de Saulchoir fue dispersado. El P Chenu fue a parar a Rouen, yo a Israel -Jerusalén- y después a Gran Bretaña -Cambridge-. Fíjese: cada sufrimiento tiene su lado positivo: en Jerusalén, la explanada del templo me sugirió el libro *El misterio del templo*, en el que evocaba el misterio de la presencia de Dios desde el Génesis hasta el Apocalipsis. Para este libro, se nombró a siete censores y se me acusó de negar la importancia de la jerarquía. He aquí por qué la obra no se publicó sino cuatro años más tarde, en 1958.

Según Vd., ¿se puede justificar y aceptar que la libertad de investigación comporte semejante mortificación y que la reflexión teológica sea humillada de esta forma?

Bajo Pío XII había una visión muy limitada de las cosas. Después se ha reconocido la libertad de investigación y publicación, a condición -evidentemente- de permanecer dentro de los límites de la ortodoxia.

¿En su caso y en el del P. Chenu estaba, pues, en juego la ortodoxia?

Cuando supe que el opúsculo del P. Chenu *Le Saulchoir, una escuela de teología*, había sido incluido en el Índice, yo me encontraba prisionero en Alemania. La cosa me pareció estúpida. Cuando el P Chenu murió, se celebraron unos funerales en Nôtre-Dame de París al que asistieron el cardenal, numerosos obispos y centenares de sacerdotes. El Papa envió un telegrama de quince o veinte líneas. ¡Increíble!

¿Qué recuerdos conserva de cuando Juan XXIII le nombró experto del Concilio?

De entrada, dudé de si aceptar o no. Me preguntaba si no me convertiría un poco en rehén de la Curia. Después me dije que, bien mirado, no arriesgaba nada y que en el caso de que la situación se hiciese inaguantable, siempre podía dimitir. En realidad, la cosa fue muy bien. Participé en cinco Comisiones, incluida la doctrinal, la más importante, en la que colaboré con Ratzinger, con el que era muy agradable trabajar.

¿Cree que el teólogo del Concilio Josef Ratzinger era distinto del Card. Ratzinger, Prefecto del ex-Santo Oficio y teórico de la restauración?

Muy distinto. Y es normal: llamado a otras responsabilidades adopta otras posiciones. En Francia se piensa que somos nosotros los que estamos en el punto de mira. En realidad, en Roma hay una visión universal.

¿Cómo considera el pontificado de Juan XXIII?

Cuando fue elegido, se decía: "Es viejo; no podrá hacer nada; va a ser un pontificado de transición". Pues bien, su pontificado operó un cambio en la Iglesia. Juan XXIII hizo de veras algo nuevo y pienso que fue una gran suerte.

¿Conserva algún recuerdo personal de Pablo VI?

Nos teníamos un profundo afecto. Tres veces me recibió en audiencia privada en su despacho. Creo que en su vida alentaba una santidad auténtica.

¿Y del Papa actual?

En su discurso inaugural Juan Pablo II afirmó que su política era el Concilio. Después tal vez ha tenido una posición más autoritaria, pues lo es todo en la Iglesia. Creo que hay que dejar constancia de una marcha atrás por el hecho de que el movimiento conciliar ha sido sustituido por la centralización. Esto puede ser muy grave. Juan Pablo II habla a menudo de la próxima unión con los ortodoxos. Pero ésta resulta del todo imposible si el Pontífice romano no respeta completamente las Iglesias particulares, las instituciones patriarcales, con todos sus derechos. El poder del Papa se sitúa en la comunión de la Iglesia. Esto, hay que entenderlo bien.

¿Y qué piensa de la situación de los cristianos en el mundo de hoy?

No puedo ser enteramente optimista: ¡la vida moderna ofrece tantas posibilidades de vivir bien prescindiendo de Dios! Pero me consuelo al ver que mucha gente se plantea preguntas y que, en un momento u otro, se vuelven de nuevo hacia la Iglesia. Desgraciadamente, la búsqueda de espiritualidad no siempre desemboca en la Iglesia, sino que se dirige a sectas o movimientos paralelos.

Nuestro siglo ha conocido las esperanzas que despertó la revolución rusa y, a continuación, el derrumbe de ese mesianismo secular. Una sociedad más justa ¿es posible después del hundimiento del comunismo?

En 1942 el Card. Saliége de Toulouse decía: "La sabia cristiana durará siempre, la marxista apenas si durará un siglo". Palabras proféticas, ya que el comunismo ha fracasado en todos los países.

¿No cree que los cristianos tienen en adelante la responsabilidad de realizar una sociedad más justa?

Por supuesto. En adelante, el cristianismo tiene el deber de realizar una auténtica igualdad en este mundo. El comunismo no era sino el ideal de justicia y fraternidad que pasaba una estación en el infierno.

Este siglo, del que Vd. es un testigo privilegiado, termina con la caída de los mitos de la modernidad. ¿Qué diagnóstico hace Vd. ? ¿Sabrá el mundo realizar los cambios necesarios para evitar la catástrofe?

En este siglo hay un poco de todo: bueno y malo. Pero no soy pesimista. Pienso que el bien es más grande, más fuerte, que el mal, incluso en los que no creen. Hay muchas cosas buenas. Y esto da alas a la esperanza.